EL DUENDE VERDE

CASTILLOS EN EL AIRE

Ana Alcolea

Ilustración: Mercè López



A Santiago, cuando era niño, le gustaba dibujar en la arena de la playa, pero todos los días tenía que ver cómo el mar borraba su trabajo. Pensó que, algún día, conseguiría hacer algo que las olas no pudiesen destruir. Cuando se hizo mayor, se fue a ver mundo y llegó hasta un lejano lugar donde se construía un castillo. Y empezó a trabajar en aquella obra sin tan siquiera presentir lo que el destino le deparaba.

Para Susana, que ama los libros.
Para los enamorados del papel y de la tinta.

Querido Lector

Esto que tienes en las manos es una llave. Sí, ya sé que no tiene forma de llave. Pero lo es. Te preguntarás por qué, y ahí va la respuesta. Un libro es una llave que abre la puerta de la imaginación de cada lector.

Y la imaginación de cada lector es nuestro tesoro mejor guardado. Por mucho que alguien quiera entrar dentro, no puede. La imaginación es de cada uno. Por eso tú te vas a imaginar a Marcos, a Santiago, a Rosana, a Zenón… de una manera muy diferente a la de tu amigo, tu amiga, o a la de una persona que no conoces porque vive a miles de kilómetros de distancia, pero que también va a pasear sus ojos por las mismas palabras que tú. Él o ella van a crear otro Zenón, y otra Rosana muy distintos a los tuyos.

¿Y eso por qué? Pues porque los lectores y los escritores somos magos: a través de las palabras creamos un mundo en nuestra imaginación. Y eso es lo que vas a hacer cuando empieces a leer este libro. Vas a hacer muchos «castillos en el aire» de tu fantasía. Y en esos castillos no podrá entrar nadie más que tú. Y recuerda que solo tú tienes la llave. La llave de tu imaginación.

Una imaginación que te convierte en mago.

No lo olvides nunca.

1

A Marcos le gusta hacer castillos de arena.

Aunque en realidad no son castillos. Solo son montones de arena que forman castillos.

Y la verdad es que tampoco forman castillos. Solo parece que forman castillos.

¿Y eso por qué? Porque no existen castillos de arena. Ningún castillo puede ser de arena. Si fuera de arena se hundiría.

Y los que construyeron los castillos de verdad lo que querían es que sus construcciones no se cayeran nunca.

Pero nunca, nunca, nunca.

Eso le pasó a un hombre al que Marcos no conoció. Y no lo conoció porque, según le contaba su abuela, vivió muchos siglos antes de que Marcos naciera.

El hombre se llamaba Santiago y, cuando era niño, le gustaba dibujar sobre la arena. Lo hacía allí porque casi no existía el papel. Y el pergamino, que es donde la gente solía escribir, costaba muy caro, porque había que matar a muchas vacas para elaborarlo. ¿Qué por qué había que matar vacas? Pues porque el pergamino estaba hecho con piel de vaca. Además, de vaca pequeña, lo cual provocaba dos problemas: la vaca no podía dar leche y tampoco producía mucha carne para vender en el mercado. Así que escribir salía carísimo.

Por eso Santiago, cuando era niño, dibujaba sobre la arena. Además, tenía la suerte de vivir cerca de una playa. Cogía un palo y se pasaba las horas muertas, y las vivas también, haciendo dibujos que no duraban más que unos minutos. ¿Y eso por qué? Porque enseguida venía una ola y los borraba. A Santiago le gustaba que el mar viniera a contemplar sus dibujos. Sobre todo le gustaba cuando la espuma se quedaba muy cerca, como asomada a un balcón, observaba el dibujo de Santiago, y se retiraba. Le gustaba menos cuando la ola era más curiosa, y se acercaba tanto que inundaba el dibujo y lo borraba. Entonces Santiago pensaba que a veces la curiosidad y el entusiasmo pueden acabar con aquello que más se desea. Eso pensaba que les ocurría a las olas, que querían ver sus dibujos con tantas ganas que se los estropeaban.



2

Santiago vivía en el faro. Era el hijo del farero. Además de dibujar en la arena, también le gustaba sentarse de noche y contemplar el fuego que señalaba que en aquel rincón del mundo había tierra además de agua. Le gustaba imaginarse a los marineros que veían aquel punto de luz que les salvaba la vida. Santiago pensaba que un faro era como una estrella: algo que no se ve de día, pero que de noche guía los pasos de los viajeros. De los viajeros de los barcos, claro. Porque en aquellos tiempos no había brújulas, ni satélites, ni radares, ni nada de eso. Había marinos que sabían leer el mapa que cada noche dibujan las estrellas. Así sabían hacia donde tenían que ir. Lo malo era cuando había nubes y las estrellas quedaban tapadas. Entonces había que encomendarse a la divinidad, a la providencia, o a la experiencia del capitán, para que el barco no encallara en ningún acantilado, ni chocara con ningún otro navío que pasara por allí.

Un día, el padre de Santiago fue al mercado del pueblo. Normalmente era su mujer la que iba, pero esa mañana se había caído, se le había hinchado mucho un pie y el señor Rodrigo había ido al pueblo a comprar ungüentos para masajear el pie de doña Ignacia, su señora. Pero cuando llegó al faro no solo traía la pomada milagrosa, sino también un pavo real.

—¡Y para qué queremos un pavo real! —exclamó doña Ignacia desde la cama, cuando vio a su marido con aquel

animal lleno de plumas de colores.

—Es bonito —contestó su marido.

—Pero no nos dará huevos, que es para lo que sirven los animales que tienen plumas. Si hubieras comprado una pava, podríamos tener huevos y pavitos. Un pavo real macho no sirve para nada —protestó la mujer, mientras se extendía la pomada en el pie.

Santiago escuchaba la conversación de sus padres sin decir ni pío. A él le gustaba aquel pájaro que no sabía volar y que tenía muchos colores. Nunca había visto nada igual. Las gaviotas eran muy aburridas, blancas y grises. Pero el pavo tenía plumas verdes, amarillas, azules… Pensó que lo podría dibujar en la arena. Si se estaba quieto, claro. Decidió ponerle un nombre. Lo llamaría Zenón.

3

Esa misma tarde, antes de que el sol se escondiera al otro lado del mar, Santiago se llevó a Zenón a la playa. Se sentó y empezó a dibujarlo en la arena. El pecho, la cabeza coronada, su cuerpo esbelto y largo, los ojos, el pico. Zenón observaba fascinado la imagen que se iba creando en aquella superficie blanca y húmeda que tenía bajo sus patas. Miraba alternativamente a Santiago, a las líneas que el niño trazaba, y al mar, casi tan azul como él, pero mucho más grande. La marea estaba baja, así que durante un buen rato, Zenón pudo contemplar el pavo real, inmóvil y silencioso que parecía dormido en la arena. Santiago miraba cómo Zenón acariciaba su imagen con el pico, y cómo emitía sonidos que parecían querer despertarla. Dos horas después, el sol empezó a desaparecer engullido por el océano, y las olas empezaron a subir hasta acercar la orilla al lugar donde estaban Santiago y Zenón. Una ola cubrió las líneas que formaban la cabeza. La siguiente envolvió el dibujo por completo. La tercera y la cuarta lo borraron de la faz de la arena. Zenón emitió un quejido que a Santiago le pareció un sollozo, y miró al muchacho con ojos tristes que le preguntaban a dónde había ido a parar aquel ser tan hermoso que había creado para él.



4

Santiago se metió en la cama con una idea en la cabeza: todo lo que dibujaba en la arena acababa desapareciendo bajo el agua. Pensó que un día construiría algo que nunca se pudiera desvanecer con las olas.

Nunca, nunca, nunca.

Por ejemplo, un castillo. Pero no un castillo de arena, que esos también se los llevaba el mar. Y tampoco un castillo en el aire, que esos no existían más que en la imaginación. No. Él construiría un castillo de verdad. Con piedras, con torres, con almenas y con ventanas. En aquel momento se preguntó cómo se construirían las ventanas. Porque las ventanas son agujeros de aire. Y los agujeros están vacíos. Están hechos de nada. Y con nada, nada se puede hacer.

Con ese pensamiento se quedó dormido, y soñó con un niño que paseaba por la orilla del mar con un pavo real. O sea, que soñó con él mismo y con Zenón. O al menos, eso es lo que pensó cuando se despertó con el primer rayo de sol que se coló por el agujero de su ventana.

Se asomó y vio la torre del faro como siempre. El aire sabía a sal. A Santiago le gustaba pasarse la lengua entre los labios y notar su sabor salado cada mañana y cada tarde, cuando salía a dibujar sobre la arena.

—¿Y por qué dibujas en la arena, Santiago, si todo lo que haces está destinado a desaparecer? —le preguntó un día su padre, después de subir la leña para el faro.

—Algún día construiré algo que dure eternamente. Pero ahora me gusta ver que de mis manos nacen gatos, ranas, pájaros, pavos… —contestó el niño.

—Pero podrías dibujar en la madera. Te buscaré algún trozo para que te entretengas —le sugirió don Rodrigo, el farero, o sea, su padre.

—No, papá. En un trozo de leño solo podría dibujar una cosa. En la arena puedo dibujar muchas cosas. Una cada día. O dos. Hasta tres. Además, no hay tanta madera, la necesitas para el fuego del faro. Mi dibujo acabaría quemado y convertido en humo.

—Se convertiría en llama. En un fuego que orienta y salva a los navegantes. En un fuego que promete la vida a todos los que lo miran. Nadie mira los dibujos sobre la arena porque se extinguen enseguida.

—Se los lleva el agua. Y a mí me gusta más el agua que el fuego. Y no es verdad que nadie mira las figuras que hago.

—¿Quién las observa, aparte de ti, hijo mío?

—Zenón, padre, Zenón.

El farero se alejó con una sonrisa.



5

Una tarde, Santiago volvió a la orilla como todos los días en los que no llovía, ni nevaba. Ni el viento creaba olas tan gigantes que era mejor quedarse en casa.

O sea, en el faro.

Entonces, su madre gritaba:

—Santiago, hoy te quedarás a ayudar a tu padre con la hoguera.

Y Santiago se quedaba en el faro para ayudar a su padre.

Aquella tarde se sentó en la orilla. Enseguida apareció Zenón a hacerle compañía. A Santiago le parecía que sus plumas habían crecido. Y no le extrañó: si él crecía más de un palmo cada año, ¿por qué no le iba a pasar lo mismo a los pavos, por muy pavos que fueran?

Santiago empezó a dibujar con sus dedos. Miraba los ojos de Zenón que pestañeaban más de lo cotidiano. Santiago pensaba que como Zenón no sabía hablar, a lo mejor intentaba comunicarse con él mediante sus variados movimientos de pestañas. Los ojos de Zenón miraban su cara, luego sus manos, cuyos dedos se deslizaban en la arena formando líneas. Santiago entendió que le pedía que lo dibujara a él como había hecho unos días antes. Y así lo hizo. Dibujó un hermoso pavo real idéntico a Zenón.

Cuando hubo terminado, el animal se posó encima de la obra y empezó a acariciarlo con su pico. A Santiago le pareció que le sonreía agradecido. De pronto, Zenón se